

# **PUEBLA PUEBLA PUEBLA PUEBLA**

En la madrugada del día 14 de febrero de 1979, la Oficina de Prensa de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, entregaba a los periodistas que esperaban ansiosos, los primeros ejemplares del Documento Final. Inmediatamente los teléfonos y los teletipos comenzaron una febril actividad: había que transmitir a todo el mundo los resultados de la reunión de Obispos.

Realmente la expectativa y el interés despertado por este acontecimiento eclesial han sido extraordinarios. Unos 2.600 periodistas acreditados ante la Asamblea son una prueba de este interés. Y con ellos, subrayándolo, grupos de madres y esposas de presos y desaparecidos, científicos sociales, teólogos, grupos feministas cristianos, grupos de base, presentes en Puebla durante esos días, todos pendientes de que sus voces llegaran hasta las aulas del Seminario Palafoxiano, donde estaban los Obispos.

¿Por qué ese interés? ¿Por qué esa expectativa tan grande? El Concilio Vaticano II, los Sínodos siguientes, reuniones en sí mismas más importantes que ésta de Puebla, no tuvieron una cobertura de prensa tan espectacular. La misma anterior Asamblea General del Episcopado Latinoamericano, la que se celebró en Medellín en 1968, apenas tuvo 200 periodistas acreditados.

El viaje del Papa a México fue, ciertamente, una gran noticia. Era el primer viaje fuera de Italia de Juan Pablo II. Era la segunda vez que un Papa visitaba Latinoamérica. Era la presencia de un hombre dotado de un enorme carisma de multitudes en medio de un pueblo que lo recibió y lo acompañó con entusiasmo.

Pero eso no lo explica todo. La inmensa mayoría de los periodistas se quedó en Puebla cuando el Papa siguió su viaje por México. Más aún: Puebla no cobró su relevancia de la visita del Papa, sino que el Papa vino a Puebla porque Puebla era importante.

En realidad el interés y la expectativa habían comenzado mucho antes. Prácticamente desde diciembre del 76, cuando se anunció por primera vez la convocatoria de la Asamblea. A lo largo del 77 y, sobre todo, a lo largo del 78, las noticias sobre Puebla ocuparon muchas veces los titulares de la prensa. En las revistas especializadas y en los medios eclesiales, este interés fue tal, que suscitó estudios, reflexiones, escritos y ensayos en tanta cantidad que suponen una novedad en la misma vida de la Iglesia.

Ahora la reunión de Puebla ya se ha celebrado. Y sigue el interés. PUEBLA ha pasado a ser no solamente el nombre de una ciudad mexicana. Como sucedió 10 años antes con Medellín, PUEBLA será una Palabra con un significado especial en el lenguaje cristiano de América Latina y del mundo entero.

¿Qué significa, entonces PUEBLA?

PUEBLA es, en primer lugar, una Historia. La III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano. Eso, naturalmente, significa, en primer lugar, que antes se han celebrado otras dos. La Primera tuvo lugar en Río de Janeiro en 1955, hace más de 20 años; fue una reunión importante: en unos años en los que las ideas de la "gran confederación" y de la "integración latinoamericana", tan caras a nuestros Libertadores, estaban prácticamente olvidadas en la acción y en el pensamiento de nuestros países, unos hombres de Iglesia percibieron la problemática y el destino común del continente; para atenderlos crearon el CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) como organismo de comunión y de servicio para todos nuestros episcopados. El CELAM ha servido para impulsar el espíritu renovador del Vaticano II y para acrecentar dentro de la Iglesia la conciencia de la latinoamericanidad.

En 1968, ya después del Concilio, Medellín vio reunirse la II Asamblea General del Episcopado Latinoamericano. Nuestras Iglesias, para comprenderse mejor a sí mismas y a su misión, siguiendo al Concilio, fijaron su mirada en el mundo en el que estaban insertas. Y de esta mirada reflexionada a la luz del Evangelio, surgió un Espíritu: en una situación como la nuestra, el ser cristiano implica la tarea de ayudar al hombre a LIBERARSE de todo lo que lo oprime, como

camino único y necesario para alcanzar la salvación definitiva que Cristo nos trajo como don. Más aún; Medellín señaló con claridad el sujeto principal de esta tarea liberadora: el pueblo pobre, concientizado y organizado, deberá ser el gran protagonista del cambio en América Latina.

Así Medellín ha venido a ser la pauta fundamental de la manera como muchos hombres y mujeres viven su cristianismo hoy en América Latina. Naturalmente la tarea es inmensa. No se ha realizado todavía. Pero desde Medellín hasta acá, un enorme esfuerzo de renovación, de búsqueda y aceptación de compromisos, de encarnación mayor en el mundo de los oprimidos, ha venido sacudiendo positivamente a las mejores obras y a los mejores hombres de la Iglesia latinoamericana.

No sin costos. Muchos que se decían cristianos, no lo entendieron. Vieron en el espíritu de Medellín una amenaza a sus privilegios. Se opusieron. Con saña a veces. Así la Iglesia que quiso unir su suerte a la del pueblo oprimido, ha padecido con él la persecución, la calumnia y hasta el martirio.

En medio de estas tareas, en medio de estas contradicciones, en muchas ocasiones con un Medellín no suficientemente dado a conocer o no asimilado, se dio la convocatoria de la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano. Tendría que celebrarse a los 10 años de Medellín, en el último trimestre de 1978. Las sucesivas muertes de Pablo VI y de Juan Pablo I, la pospusieron hasta enero-febrero de 1979.

Desde la convocatoria oficial, se sucedieron dos años de febril actividad. Fue una novedad respecto a las anteriores Asambleas. La preparación interesó no sólo a los episcopados y a sus asesores, sino a todo el Pueblo de Dios. Una conciencia de participación y de corresponsabilidad, ya adquirida en nuestras Iglesias, ha hecho que todos los grupos cristianos más vivos, quisieran decir su palabra para Puebla. Dos líneas de preparación: la oficial, dirigida desde el CELAM; la no oficial, pero también eclesial, fuera de los marcos de este organismo. En una y en otra, reuniones, estudios, escritos... Las dos líneas no fueron simplemente paralelas: a veces se entrecruzaban, a veces se separaban, para volverse a encontrar más tarde, a veces incluso chocaban. Otra novedad: como aportes para la Asamblea surgieron en todas nuestras naciones, cartas, estudios, tomas de posición y aportes, nacidos en la base de la Iglesia. Los pobres también dijeron su palabra, una palabra abundante e importante. Los que Medellín había llamado "los sin voz", tomaron la palabra en la Iglesia y para la Iglesia. El Espíritu y la práctica de Medellín, hizo hablar a los enmudecidos por la situación de opresión y de injusticia.

Así llegó PUEBLA. En el enorme seminario de esa ciudad mexicana se reunieron unas 300 personas, entre Obispos participantes, Obispos invitados, peritos y expertos, y miembros de diversos organismos eclesiales. Juan Pablo II quiso estar presente en la inauguración. Después los dejó frente a su responsabilidad, aunque en las aulas del Palafoxiano resonaban día a día las palabras, cada vez más comprometidas con los pobres del continente, que el Papa iba sembrando a su paso por México.

Eran representantes de todas nuestras Iglesias. De su vida y de sus tensiones. De sus logros y de sus fallos. Con diversidades: "Esta multitud de hermanos (Rom. 8, 29) que Cristo ha reunido en la Iglesia, no constituyen una unidad monolítica. Viven su unidad desde la diversidad que el Espíritu ha regalado a cada uno, entendida como un aporte que contribuye a la riqueza del todo" (Documento de Puebla, 144).

En Puebla estuvieron también aquellos que percibieron Medellín como una amenaza. Sus voces airadas resonaron en periódicos y radios de corte más conservador y en manifestaciones callejeras, no muy numerosas, pero agresivas. Además, convocados por numerosos Obispos participantes, estaban presentes los teólogos de la liberación, esos hombres que en contacto con el sufrimiento del pobre de nuestro continente, más han profundizado el Espíritu de Medellín; su trabajo callado, pero eficaz, ayudó grandemente a los Obispos reunidos en la Asamblea.

Oración, trabajo intenso, tensiones y momentos de paz. Eso fue Puebla. De allí salió un documento que será llamado PUEBLA, que recoge el Espíritu de Puebla.

No se podía esperar en él una novedad tan saliente como la tuvo Medellín. Ni el triunfo de una tendencia sobre otra de las que legítimamente viven en la Iglesia latinoamericana. Es un documento que refleja las diversas tendencias, que aspira a que juntas avancen "con plena fidelidad al Señor, a la Iglesia y al Hombre" (Documento de Puebla, Presentación). Es un documento que aspira a reflejar siempre esa triple fidelidad, reafirmando solemne y repetidamente su solidaridad plena con el Espíritu de Medellín.

Ahora PUEBLA, sin dejar de ser toda esa vida que la ha precedido y la ha hecho, además de un Espíritu, es un DOCUMENTO. Unas "orientaciones pastorales (que) deben irrigar a nuestras comunidades", para que este DOCUMENTO se vuelque con toda su carga evangelizadora sobre la vida. Esa es la tarea a la que ahora se nos invita a todos los cristianos y esa es la tarea que en "fidelidad al Señor, a la Iglesia y al Hombre", SIC desea comenzar desde esta misma edición. □